

Algo sobre Don Andrés Bello

Por José Luis López

"Grandes hombres ha habido y en su historia a ser grandes podemos aprender" - H. W. Longfellow

Hubo un hombre cuyo nombre era Andrés. Don Andrés Bello y López. Ejemplar selecto del género humano. De él se ha dicho que nació en Venezuela, enseñó en Chile y le aprendieron en Colombia. Pero en realidad, Venezuela lo vio nacer, la América Hispana fue su patria, y él fue ciudadano del mundo.

Bello recibió la primera luz el 29 de noviembre de 1781 en Santiago de León de Caracas, la ciudad fundada por Diego de Losada; y en Santiago de Nueva Extremadura, capital de Chile, fundada por Pedro de Valdivia, murió en Cristo, el 15 de octubre de 1865. Ochenta y cuatro años de esfuerzo continuado, dentro de un espíritu de serenidad y de paz. Lucha es la vida del hombre sobre la tierra, había dicho otro Patriarca, el de Idumea.

Fueron sus progenitores un modesto abogado, Don Bartolomé Bello, y Doña Ana Antonia López. Hogar sencillo y cristiano, de digna y discreta medianía. Andrés heredó de su padre la austeridad de costumbres y el amor a la jurisprudencia. De la madre, la agudeza de ingenio, los dolores de cabeza y la longevidad.

Bello, en la edad viril, refiriéndose a su madre, escribía: "Que su memoria no se aparte jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla, y que no hay mañana ni noche que no la recuerde; que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertar, y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente, y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos que tanto necesita".

Abrió los ojos a la vida cerca de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, en una casa de patio y corral, perfumada con granados, naranjos y limoneros. Realmente no se le pueden aplicar las palabras increpantes de Gutiérrez González para los señoritos petimetres:

"Nacidos en la alcoba empapelada
de una casa sin patios y sin huerta,

y jamás conocisteis otro árbol
que el naranjo del patio de la escuela”.

Recibió Bello las aguas lustrales del bautismo en la Parroquia de Alta Gracia. Por cierto que tuvo buena mano su padrino, Don Pedro Vaimondi.

Primogénito entre muchos hermanos (Andrés, Carlos, Florencio, Eusebio, María de los Santos, Josefa, Dolores y Rosario), “que un mismo seno exprimieron / y un mismo techo abrigó” pudo y quiso albergar siempre en el nartecio de su alma el más vivo sentimiento de los afectos familiares.

Su vida fue una sinfonía armoniosa —**allegro mais non troppo**—, fecunda a la vez en frutos variados y opimos. El suyo, como el de todos los genios, se nutrió de una larga paciencia.

Maestro si los hubo; maestro de los maestros; a imitación del Maestro Divino, pasó por el mundo enseñando y haciendo el bien.

Al evocar su recuerdo y al acercarnos a su efigie, nos debemos quitar las sandalias para no mancillar ni turbar su silencio sin mícula, no sin recordar que

“Viviendo su pureza empaña el alma,
y a cada instante alguna culpa nueva
arrastra en la corriente que la lleva
con rápido descenso al ataúd.

La tentación seduce, el juicio engaña;
en los zarzales del camino deja
alguna cosa cada cual: la oveja
su blanca lana, el hombre su virtud”.

Porque respeto merece el que, para grata memoria del siglo pasado y para feliz recuerdo de los siglos futuros, fue varón justo y bueno. Justo como Aristides y bueno como el pan.

La vida de Don Andrés Bello, nuevo samán de Huéres, símbolo de la libertad, como el árbol de Guernica, cantado más tarde en la Península, se desenvuelve y estructura en tres etapas copiosas y admirables. Avanzando en el símil, podríamos llamarlas la siembra, el cultivo y la pródiga fecundidad. Son, en su orden, los 29 primeros años en Caracas, los 19 años de residencia en Londres, y, finalmente, los 36 años de estadía en Santiago de Chile. Si bien el cultivo, hablando estrictamente, fue en el Señor Bello un perpetuo estado de ánimo, una segunda naturaleza. Cultivo de sí mismo, cultivo de los demás hombres, y también de los pueblos. Si acudimos a otras metáforas, podemos igualmente llamar aquellos intensos períodos los eslabones de una cadena que no se forjó para uncir esclavos sino para condecorar ciudadanos libres; o los peldaños de escala luminosa que conduce a la fama y a la celebridad.

Caracas, la gentil ciudad colonial, atalaya atractiva de la Costa Firme, recostada suavemente en la falda meridional del Avila, ofreció

al mundo, en la segunda mitad del siglo XVIII, tres verdaderos superhombres, en los cuales se encarnan la concepción, la ejecución y la consolidación de la independencia y de la libertad; a saber: Francisco Miranda (1750), Simón Bolívar (1783), y Andrés Bello (1781). El Precursor, el Libertador y el Educador de la América Hispana. Abrazadas la espada y la ley, pronunciaron el fiat sobre el caos. Dejo al estudio de los antropólogos dar una explicación razonable sobre las causas telúricas y etnográficas determinantes de esta exuberante florescencia, en pugna con lo que la sociología denomina ley de representación típica, conforme a la cual un héroe sobresaliente y epónimo le imprime el sello de su personalidad a una nación, en cierto ciclo histórico. Se habla así del siglo de Pericles, de la era de Carlomagno, de la época de Carlos V, y de la edad napoleónica. Pero el surgimiento simultáneo de tres estrellas, de magna luz indeficiente, en la misma galaxia, esto no lo vieron los tiempos pasados ni lo esperan contemplar los venideros.

Este egregio triunvirato, con sus continuadores, San Martín, Santa Cruz, O'Higgins, Hidalgo, Morelos, Santander, Sucre, los Carretera, Morazán, Dessalines, y otros tantos, escribieron las páginas más sublimes de la independencia, la libertad, la integración política, la creación del alma hispano-americana y la conciencia continental. Ellos no vivieron ni murieron en vano. El hemisferio surgió de su sangre y de sus huesos. Por eso fue ésta la última voluntad de Nariño: a mi patria le dejo mis cenizas. Como quien dice: "sobre sepulcros de astros, constelaciones de almas".

Y después de los genios la tropa. A paso de vencedores. Así Bolívar podrá exclamar después de la batalla de Ayacucho: "Soldados! Habéis dado la libertad a la América Meridional; y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria".

La primera educación, impregnada de fe cristiana y de sentido artístico, le fue impartida a Bello en el seno de la familia, y allí pudo beber a sus anchas las aguas cristalinas del buen ejemplo. Luego inició sus estudios con la orientación y patrocinio de su tío Fray Ambrosio López, religioso de la Merced, bibliotecario del convento. Tuvo como primer maestro al monje Fray Cristobal de Quesada, latinista profundo y literato de gusto cultivado y exquisito. El presbítero José Antonio Montenegro, vice-rector del Colegio de Santa Rosa, fue su segundo maestro. Parece que también recibió algunas lecciones de Don Simón Rodríguez; y adelantó sus cursos bajo la dirección del Padre Rafael Escalona, en la Universidad Real y Pontificia de Caracas, y allí obtuvo el título de Bachiller en Artes, el 9 de mayo del año 1800. Estudiante y estudioso, desde la infancia hasta el fin de sus días, no aspiró nunca al birrete doctoral.

Las escasas monedas que recibía para golosinas, eran por él empleadas en comprar ediciones baratas de los clásicos españoles; y el adolescente soñador se engolfaba en su lectura con deleite mental intenso y precoz. De igual manera se fue internando en el conocimiento de los maestros latinos, que empezó a saborear, ya con suficiente dominio del idioma. Y mediante su propio esfuerzo aprendió a traducir el francés, en forma que en alguna ocasión, cogido *in fraganti*, fue reprendido con severidad porque se interesaba en el estudio de esa len-

gua vitanda, en que se promulgaron los Derechos del hombre y del ciudadano y se expresaron Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros pensadores peligrosos.

Desde la primera juventud, los rasgos peculiares en la personalidad de Bello fueron:

El amor a la naturaleza.

La austeridad, y, como corolario lógico, la tolerancia, que es la austeridad del espíritu,

“por la razón que leyendo
en el gran libro vigila,
por la razón que vacila,
por la que abraza el error”.

El espíritu de investigación, de marcado sabor experimental. Observar y analizar fue siempre su ocupación predilecta.

La endósmosis y la exósmosis cultural. Su vivir era aprender y enseñar. O simplemente aprender; porque la enseñanza es un doble aprendizaje.

La fortaleza en el dolor. Toda vez que purificado con la llama de las tribulaciones del cuerpo y del alma, saca verdadera la expresión de Suárez: “El sufrimiento, o sea la victoria de la voluntad sobre el dolor, es fuego que temple y crisol que purifica”.

La prudencia, que ha sido llamada auriga de todas las virtudes.

La equidad, que se traduce en sabiduría del corazón; la que dá tranquilidad en el orden; la que enuncia Kempis cuando escribe: “Algunos tienen paz consigo mismos y también con los otros”. **Opus justitiae pax.**

En estos votos o propósitos se encierran para Bello la ley y los profetas.

Este mancebo virgiliano, desde los primeros pasos en la vida, indiferente a las seducciones de Venus Afrodita, se embriagó en la estética del cosmos. La naturaleza lo envolvió y lo absorbió, “como la yedra sabe cubrir las estatuas olvidadas”. El recorría embelesado las verdes riberas del Guaire y del Anauco, las pampas del turbio Catuche y las márgenes amenas del Aragua, tal si se paseara abstraído, con su libro favorito bajo el brazo, por el huerto de las Hespérides, y del aire, y el agua y la arboleda, oía el apacible susurrar; mientras apagaba las brasas de la juventud contemplando las rosas sin desojarlas. “Marchitar una flor será delito?”.

Otras veces visitaba el cortijo de su padre, en las cercanías de Caracas, conocido con el nombre de “El Helechal”, alimentando esperanzas de alegre porvenir y acumulando recuerdos que guardó siempre en su corazón:

“Esos recuerdos con olor de helecho
son el consuelo de la edad postrera,
son la planta parásita del hombre
que aún seco el árbol, su verdor conservan”.

Con el barón de Humboldt y con Bonpland trató de ascender al ápice del monte caraqueño, pero le desfallecieron las fuerzas. Sola-

mente los dos grandes expedicionarios europeos lograron escalar aquella cima,

“como la flor del Alpe oculta en nieves,
jamás holladas por viajero algún”.

Amante de la naturaleza, supo cantarle, como lo hacen los turpiales, “con su canción sabrosa no aprendida”. Desde el candoroso poema primerizo, *Al Anauco*, de sus años primaverales, hasta la esplendidez magnífica de la edad madura, en esa égloga soberana, la *Silva* a la Agricultura de la Zona Tórrida, trabajada con el primor de una joya florentina, y hasta la Oración por Todos, cincelada en puro mármol pentélico, en la cual el centro de interés es la figura humana, el señor de la naturaleza, y parte integrante de ella; con sus flaquezas y sus adversidades, que se hacen más lánguidas a la hora del crepúsculo, cuando se observa al hombre en un enfoque retrospectivo y melancólico; cuando la tarda vuelta del labrador la esposa aguarda, con su tierna familia en el umbral; y cuando a los destellos últimos del día se orienta en el desierto el viajador.

Nosotros también, en la Nueva Granada, tuvimos un José Eusebio Caro, altísimo poeta, igualmente admirador de la naturaleza, coetáneo de Bello, quien al pasar por la tierra de éste le cantó así “al grande lago de esta pertenencia llamado Maracaibo”:

“Tu sol, tu mar, tu azul inmenso lago,
tus mansas brisas, tu horizonte vago,
me entusiasmaron Maracaibo a mí,
cuando viajando de la patria amada,
tu ardiente faz de palmas sombreada,
desde mi barca en lontananza ví”.

En sus entretenimientos juveniles, los amores iniciales de Bello se esfuman y desdibujan en una penumbra romántica de alucinación y de leyenda. Como Petrarca y como Dante, hubo de pulsar la lira en las finiestras de Laura y de Beatriz. “Todos cantamos en la edad primera”. La niña de sus ojos y de sus aspiraciones era una niña de Cumaná, discreta a par que hermosa, María Josefa, hermana de Antonio José de Sucre, el inmaculado Mariscal. Ciertamente el destino de aquel aguilucho era “volar sobre las cumbres donde los astros duermen, volar sobre las nubes llevando el rubio germen que hace nacer las plantas y hace brotar la flor”. “Pichón de águila que nace sobre el pico de una peña, siempre le gustan las cumbres donde los vientos refrescan”.

“Dicen que el águila real
cruza volando los mares;
ay! quien pudiera volar
como las águilas reales!”.

Bello, modesto empleado de la clase media, burócrata insigne, frecuentaba los salones y las tertulias de los aristócratas latifundistas, los mantuanos, integrantes de la casta privilegiada, en aquel medio de mayorazgos, de encomenderos, de repartimientos y de mitas, que diri-

gían y orientaban la economía y la vida social en la Capitanía General de Venezuela. Con los Ustáriz, con los Bolívares, con los Toros, con los Sanz, con los Ribas, con los Tovares, dialogaba de potencia a potencia. Lo que le faltaba en tierras, le sobraba en alma. Allí se incubaron y cuajaron las primeras aspiraciones y los primeros sentimientos, indecisos e inciertos unas y otros, sobre la posible estructura de la nueva nacionalidad. La fidelidad a Fernando VII pugnaba con el hálito vibrante de la autodeterminación, cuyo enunciado definitivo de independencia resultaba un poco demasiado fuerte. Pero en todo caso, allí se afiló la espada del futuro Libertador, y allí se acendrarón en Bello la prudencia del filósofo, la videncia del legislador, la perspicacia del filósofo, la donosura del letrado, el magisterio del apóstol, y, talvez, a qué dudarlo, la psicología social y política del bardo didáctico, tocado de genio, mitad alfarero y mitad profeta, que con esa materia prima que se llama espíritu, transforma sus ideas en postulados normativos, en leyes, en códigos y en instituciones, para beneficio de la patria y para beneficio del mundo.

Había entonces en Caracas un gobernador-presidente, el brigadier español Vicente Emparán, que de tejas arriba creía en Dios y en Santa María y de tejas abajo creía en Fernando VII, en la Corona de España y en el derecho absoluto de los reyes. El sabía percibir oportunamente su soldada, sabía remesar los quintos reales, sabía hacer cumplir las leyes rigurosas sobre limitación del comercio y de la cultura, y sobre el aislamiento de la colonia; pero no sabía por donde le iba el agua al molino. En el momento de estallar la revolución, el 19 de abril de 1810, estaba en los cerros de Ubeda. El clarín revolucionario lo despertó cuando, así como los niños conversan con espíritus alados, él embebecido soñaba con los incisos de la Recopilación de Indias. Nunca llegó a pensar que el choque del hierro de los conquistadores con el hacha de piedra de los indígenas tuviera resplandores y aureolas de libertad.

La Junta Revolucionaria, para afianzar su posición y para estabilizar el movimiento, designó una comisión que viajara a Londres a obtener el reconocimiento de la nueva república y a conseguir fondos para la financiación de la guerra y de la paz. Los delegados, tratados en la nebulosa Albión como “embajadores de la América del Sur”, fueron Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello. Bolívar, entonces sólo Coronel, “galán risueño, arrullador e inquieto”, con su gorguera de móviles encajes; López Méndez, despensero más bien que ecónomo, arbitrista y manirroto. Siete veces estuvo encarcelado en prisión por deudas, una institución que no fue abolida por los jurisconsultos, sino por el novelista contemporáneo Carlos Dickens; y, finalmente Andrés Bello López, especie de agregado cultural, tímido y bondadoso, veraz sin doblez, quien en el Corazón de Amicis hubiera sido el pequeño patriota paduano o el pequeño vigía lombardo. Eran tres los caballeros. Ellos se dieron a la vela en el puerto de la Guaira, el 9 de junio de 1810, y dirigieron la proa del bergantín Wellington hacia el viejo continente. Navegar es necesario, anunciaría D’Annunzio. Dijérase que, con un retardo de tres siglos, tres calaveras devolvían la visita de las tres carabelas.